

## **DOMINGO XI DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Ezequiel 17, 22-24): *Echará brotes y dará fruto.*

**Salmo** (91, 2-3.13-16): *«Es bueno darte gracias, Señor».*

**2ª lectura** (2ª Corintios 5, 6-10): *Caminamos en fe y no en visión.*

**Evangelio** (Marcos 4, 26-34): *La semilla germina y va creciendo.*

Jesús miraba la vida con mucha atención. En las pequeñas y sencillas cosas de la vida cotidiana descubría el paso de Dios, veía el Reino Dios. Su mirada era capaz de leer el mensaje inscrito en la profundidad de las cosas, de las relaciones, de los acontecimientos.

Los evangelios están llenos de referencias a la vida cotidiana, de las que Jesús echaba mano para mostrar a la gente el milagro de la presencia de Dios en la vida. Hoy nos ha dicho: *«el reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra»* y, mientras duerme, *«la semilla va creciendo sin que él sepa cómo»*. El hombre actúa cuando le corresponde: “*siembra la semilla*” y “*mete la hoz*” cuando ha llegado el momento de la siega.

Jesús conocía los duros trabajos del campo, pero, esta vez, deseaba despertar la confianza en el hacer constante y gratuito de Dios. Hay un largo período de tiempo –nos dice en la parábola–, en el que el hombre no tiene que hacer nada, pues es la tierra la que hace que la semilla germine. Este proceso se realiza sin que el hombre sepa cómo, mientras “*duerme y se levanta*”.

Sin que sepamos cómo, la acción salvadora de Dios germina en nuestra vida, crece en nuestra historia personal y colectiva. Dios cuenta con nosotros para preparar la tierra y para sembrar, pero, después, sin que sepamos cómo, Él va haciendo a su manera, va construyendo, va tejiendo, desde lo más profundo de nuestras vidas y de la vida de todos, su obra salvadora.

La vida es un don maravilloso que hemos recibido. En ella vivimos mil y una experiencias, acontecimientos felices o dramáticos que pasan a configurar nuestra forma de ser. Situaciones recurrentes o únicas que nos van moldeando y determinan nuestras aspiraciones, sentimientos y sueños. Todo sucede, en muchos casos, sin que sepamos cómo. De hecho, no siempre entendemos el porqué de lo que nos pasa..., forma parte del gran misterio de la vida.

Pero los creyentes sabemos que Dios se hace presente desde lo más profundo de los acontecimientos y en lo más hondo de las relaciones, no tanto como quien los determina directamente, sino como Aquel que da sentido a lo que experimentamos y vivimos. Él nos ayuda a afrontarlos y a crecer cada día en el amor.

El evangelio, en una parábola fantástica, nos recuerda que la vida tiene su dinamismo propio y también crece por sí misma, incluso más allá de nuestro esfuerzo. La semilla más pequeña puede llegar a ser un gran árbol y el gesto o la palabra más sencilla puede provocar una revolución en la vida. Por eso Dios, que es el buen sembrador, nos invita a participar en una siembra de buenas obras. Seguro que recogeremos los frutos de aquello que hayamos sembrado y que Él, con su gracia se encargará de multiplicar.

El Señor trabaja nuestro corazón hasta cuando dormimos. Transforma nuestro corazón sin que sepamos cómo. Es el alfarero que modela nuestro espíritu; el labrador que cuida la viña de nuestra vida; el buen pastor que se desvive por nosotros, su rebaño; Él es el mejor educador, médico, entrenador... que podamos tener. Ahora bien, es necesario dejarnos moldear, cuidar, curar, educar... por Él. En definitiva, abrir nuestra vida a su amor.

Vivimos un momento complejo en todos los ámbitos. Parece que nos acosan por todos lados. Solo vemos rivalidades e incomprensión, luchas, odios y guerras. En demasiadas ocasiones nos instalamos en el desánimo y el pesimismo y nos cuesta elevar la mirada. Es, como una tierra árida, a la que le cuesta ser fecunda.

Pero hoy, el Señor, nos sigue pidiendo que sigamos sembrando con Él y que sepamos esperar a que lleguen los frutos. Trabajar y confiar. Comprometernos y esperar. Sabemos que el Señor nos dará el incremento. Sembrar esperanza, derramar compañía, regalar ternura, comprometernos con la justicia y el bien común, estar cerca de los que sufren... son buenas semillas que darán fruto abundante y que pueden llegar a ser grandes árboles de una sociedad mejor. Sin duda, Dios nos anima a ello y cuenta con nosotros.

Los seguidores de Jesús, somos hijos de nuestra cultura y, para bien y para mal, estamos influenciados por los valores dominantes. Por ello, en nuestros trabajos al servicio del Reino, al servicio del evangelio, tendemos a llevar cuentas de los esfuerzos invertidos; hacemos cálculos de los resultados que esperamos; pensamos que dos más dos han de ser siempre cuatro; y deseamos tenerlo todo bajo control, desde el inicio del proceso hasta el final. Jesús, en cambio, que ve la vida desde el lado de Dios, desde el lado del Reino, nos invita a confiar y a quitarnos la pesada carga de quererlo controlar todo.

San Ignacio de Loyola decía: *«Haz las cosas como si todo dependiera de ti y confía en el resultado como si todo dependiera de Dios»*. ¿Andamos escasos de gratuidad y de confianza? Gratuidad para no regatear en entregas, y sembrar en la vida de los demás, lo mejor de nosotros mismos; y confianza para saber que en las manos de Dios nada de lo que sembremos se pierde.